

CARTAS CRUZADAS



JOSEP RAMONEDA

La excepción francesa

Esta semana, querido Martí, volví a la Mutualité. No había estado en este santuario de la agitación política del Barrio Latino de París desde los años del tardofranquismo, en las habituales convocatorias de los partidos clandestinos españoles. Esta vez todo era muy francés. Convocaba France Culture y el debate tenía un tema que probablemente sólo en Francia puede movilizar a alguien. Más de mil personas seguían las reflexiones de Slama, Ory, Glucksmann, Bruckner, Ewald y Mongin en torno a una pregunta tan cursi como ésta: ¿los intelectuales tienen aún ideas? Se llevaban ya dos horas de discusión cuando una mujer joven, con hablar pausado y sin agresividad en las formas dijo que tenía la sensación de estar oyendo a un grupo de políticos: hablan igual. Triste final. La señora había dado con la prueba del nueve de la absurdidad del debate.

Desde la tribuna, los intelectuales habían levantado acta de su perplejidad. La liquidación de las ideologías ha dejado a la intelectualidad a cuerpo descubierto ante los hechos. Antes bastaba repetir los enunciados doctrinales. Los intelectuales se habían convertido en seres absolutamente impermeables a la realidad. Ahora, sin la coartada

CADA PRESIDENTE

deja en Francia su huella cultural. Chirac ha escogido su proyecto: el museo de las civilizaciones

ideológica, los hechos se han puesto exigentes. ¿Quién es el intelectual? Quien toma la palabra. Tomar la palabra debería ser casi condición de ciudadanía en una sociedad democrática. Intelectuales somos todos. Que es lo que se acostumbra a decir cuando no se sabe qué decir. Francia sigue fiel a sus instituciones. Sólo falta un punto de ironía que les dé vitalidad.

Otra excepción francesa: la irreprensible pasión de los presidentes de la república por dar un sello cultural a su mandato. Chirac es un apasionado de las civilizaciones primitivas; Chirac es una persona que, dicen quienes lo han frecuentado, ha tenido siem-

pre una relación intelectual difícil con Occidente. La gran obra cultural del septenato ya está en marcha: un museo de las civilizaciones. Y los intérpretes de la voluntad del presidente transmiten una idea: menos Francia, menos Europa y más culturas y países lejanos. ¿Será que, incapaz de protagonizar la mundialización por la vía económica, Francia intenta una vez más apelar a la cultura para atrapar el tiempo perdido? Francia prepara grandes acontecimientos para el dos mil. Veinticinco mil millones de pesetas es el presupuesto que se presume para los actos culturales del milenario. Lo que no está nada mal en tiempos de restricciones presupuestarios. Las instituciones que quieran incorporar sus proyectos a esta efeméride ya saben la consigna: socio extranjero, a poder ser no europeo, y temática universal. Descansar de Europa por una temporada. Esta permitido, Martí, sacar conclusiones políticas de los deseos del presidente. Y no precisamente optimistas para el futuro de Europa.

En las librerías parisinas crecen los espacios dedicados a esoterismo y religiones, conforme a esta plaga que está barriendo Europa y a la que Francia no es ajena. Y aparece un tema de referencia: la cuestión del trabajo. Sin duda, hay en Francia cierta sensibilidad para captar los problemas determinantes y tratar de dar un paso adelante en su formulación. Pero inmediatamente se produce la fuga hacia delante, en una cultura en la que una frase todavía vale más que muchos hechos. El problema del trabajo se metamorfosea en lo que tiene todos los visos de ser un falso problema: el fin del trabajo. Como si fuera pensable un salto en el vacío desde la sociedad del trabajo a la sociedad del ocio. Pero el fin del trabajo queda bien y se oye hablar a algunos intelectuales con una sorprendente desventura como si mañana ya nadie trabajara.

En el debate de la Mutualité se oyó repetidas veces la referencia comparativa con los intelectuales anglosajones. Una cierta dosis de sentido de lo empírico sería bueno para que Francia pueda seguir participando, sin que sus intelectuales hablen como políticos, en la tarea más propia del pensamiento: dar la vuelta al calcetín, mostrar la otra cara de las cosas, poner en evidencia los tópicos. De lo contrario acabará siendo una gran vehiculadora de lugares comunes: por ejemplo, la mundialización, el fin del trabajo y el pensamiento único.

JOSÉ MARTÍ GÓMEZ

Profesor Franz de Copenhague

Respondo a tu carta escribiendo sobre la mesa de una tasca de Madrid en la que me acabo de comer unas gambas a la plancha.

He almorzado con un viejo amigo al que hacía muchos años que no veía. Viejo amigo hoy retirado de la política, pero que desempeñó un papel importante en la transición. En el almuerzo ha dejado correr su memoria sobre historias que entran en el terreno de la fabulación y yo he disfrutado.

Cuando le he dicho que el espionaje del Cesid parecía una chapuza, él se ha reído mucho y me ha respondido que en España el espionaje siempre ha sido así. Ha recordado que en vísperas de legalizar el Partido Comunista se habló en UCD de mantener una reunión secreta con miembros de la cúpula del PCE, unos dirigentes clandestinos de conocimiento público. Un ministro que sorprendentemente no era del área política, sino técnica, se comprometió a reunirse con ellos y el almuerzo se efectuó en un restaurante próximo a las Cortes. ¿Sabes qué pasó, Ramoneda? Que en plena comida el techo de cristal se vino abajo y sobre la mesa cayeron un hombre, un micrófono y un magnetófono enorme: era un agente secreto del Seced, servicio de inteligencia antecesor del Cesid. Ante la estupefacción de los comensales el agente dijo muy educadamente, mientras emergía entre los restos de la vajilla: "Ustedes perdonen".

Todavía me estaba riendo, querido amigo, cuando mi compañero de mesa, con gran facilidad para la narración oral, me ha empezado a contar el invento ideado por agentes del servicio secreto que cual émulos del profesor Franz de Copenhague amartillaron generosamente una avioneta de vuelo sin motor y se aprestaron a hacerla volar sobre una casa francesa en la que estaba la plana mayor etarra. "Hoy va a ser un gran día", le comentó a mi amigo uno de los que estaba en el secreto del sumario. Le contó lo que iba a ser noticia aquella tarde, pero la tarde pasó sin que mi amigo viese que ocurriese nada. Se encontró a su interlocutor al día siguiente. "¿Qué pasó con el invento?", le preguntó. Mohino, su interlocutor le dijo que el pequeño avión sin motor había despegado bien y había volado estupendamente pero no se estrelló contra la casa: "Fue a dar contra el establo de una granja y no ha dejado bovino vivo".

Como ves, la tradición chapucera de nuestros servicios de inteligencia es sólida.

"Y mejor no hablar del caso Cubillo, un GAL en miniatura: se pagó a unos matones para que lo matasen y eran tan torpes que sólo lo dejaron herido", ha musitado mi amigo con un deje de fatalismo en su voz. Motivos para el fatalismo tiene, él y todos los demás, visto en manos de quienes estamos y estamos. ¿Quieres creerte, Ramoneda, que cuando ETA secuestró a Javier Rupérez el general Ibáñez Freire, ministro del Interior, andaba muy sorprendido porque en la Moncloa tenían fotos del secuestrado compradas en el mercado periodístico y la policía no tenía ninguna?

Unas buenas gambas levantan el ánimo, pero no hasta el extremo de obnubilar la lu-

NO SE NOS EXPLICÓ
nunca lo que ahora ha dicho
González: que Manglano
nos salvó de otro 23-F del
que nadie ha oído hablar

cidez. Mi amigo ha pasado del fatalismo a la cólera: ha leído esta mañana que Felipe González ha declarado a Canal Sur lo muy agradecidos que tenemos que estar a Manglano porque nos salvó de otro 23-F. ¿De qué nuevo 23-F se nos habla ahora? ¿Por qué no se nos explicó en su día? ¿Es que vamos a vivir toda la vida tutelados como menores de edad?, pregunta mi amigo. Le doy la razón y me paso al orujo.

Luego releo tu carta. El avión ha acortado la distancia que separa Madrid de París, pero hay otras distancias que por lo que tú me dices siguen siendo considerables. Esas librerías que, como en Londres, recogen el pulso de la sociedad. Esos debates que aquí han quedado reducidos a chascarrillos de tertulianos en los que todos tratan de superar al contertulio soltando una gilipollez mayor... En lo del mimetismo por todo lo presidencial me abstengo de expresar entusiasmo, aunque es indiscutible que si González o Aznar se hubiesen definido por tener unas sólidas pasiones culturales en vez de potenciar sus imágenes como cultivador de bonsáis o no se sabe todavía qué, quizás exigiríamos ahora una televisión de mayor calidad, como mínimo.

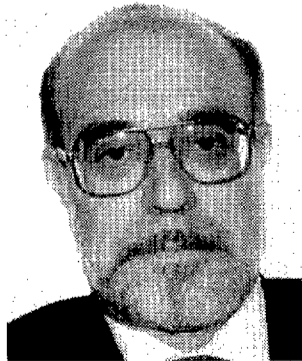
ENCUESTA

¿Hay una competencia real en el mercado hipotecario?



FERNANDO CONDE
Dtor. gral. Grupo Ferran,
empresa del sector inmobiliario

Claro. Como en todo mercado cada uno utiliza sus argumentos de venta. Variables como tasación, comisiones, actualización o cancelación importan tanto como el tipo de interés.



ANTONINO GARZÓN
Director general del Institut
Superior de Marketing

Las medidas recientemente anunciadas abaratarán las hipotecas, pero no necesariamente introducirán una competencia real. Seguirá contando más la confianza en las entidades.



M. CASANOVAS
Catedrát. Econ. Financiera.
Vicedecana F. Económicas. UB

Sí, provocada por una agresividad comercial que tiende a confundir al comprador de vivienda sobre el coste real del préstamo, por la incidencia del tipo de interés, comisiones y gastos.



JOAN COLL
Director general
de la Fundació FC Barcelona

Sí, porque además contribuye a fidelizar al cliente captando negocio adicional, aunque debería incrementarse el rigor y la transparencia de la publicidad de las ofertas.



J. SIMÓ SANAHUJA
Presidente de la comisión
fiscal de Cecot

Actualmente existe una variedad de oferta suficiente, pero las condiciones deben ser más competitivas para que pueda ser más asequible la adquisición de inmuebles.



JOSEP A. COLOMER
Dtor. territorial Cat., Aragón i
Balears del Banco del Comercio

Hay una competencia inusitada. Somos conscientes de que en el mercado hay un exceso de oferta, lo que obliga a establecer una estrategia en un contexto de crecimiento.